

La Magia de las Letras

Sentada frente a la pantalla pulcra y alba, Olivia espera que llegue la pujante lucidez.

-Laboriosa e incitante es la tarea de escribir un cuento- piensa, reviviendo lo que los entendidos pregonan como la clave: decir mucho con pocas palabras, resumir y achicar, para que el lector deduzca lo óptimo y lo medular; algo así como la brevedad de una consistencia. Pero, ¿cómo lograrlo?, difícil para ella, acostumbrada a dejar volar su inspiración, sin mutilarla ni limitarla. -¿Podría hacerlo?- se pregunta, mientras siente el entusiasmo de iniciar un escrito que esta vez será un cuento para enviar a un concurso. Las bases dicen que el tema es libre y que el asunto “debe quedar, en suma, a discreción del autor en ejercicio libre y amplio de su imaginación.” Olivia sabe que un cuento puede ser basado en hechos reales o ficticios o, ser una mezcla de éstos . -Pero, ¿no es la vida misma, ni más ni menos, que un real y a la vez un fantasioso cuento?- se interroga, mientras proyecta el tema y borrona un título. Cierra un instante los ojos y, cuando los abre, siente que llegan de golpe las clarividencias que empiezan a llenar su mente.

Sentada en la inmensa cocina de los abuelos, calentada por los rescoldos de un bracero, hay una niña escuchando arrobada los cuentos de la vieja tía Matilde, mientras afuera resuena el ruido de la lluvia. Ficciones de gigantes, de niños perdidos en bosques tenebrosos, de otros que vuelan en una eterna niñez, de personas que duermen cien años y que luego despiertan, de hadas mágicas y milagrosas, de árboles gigantescos que llegan al cielo y que crecen de una pequeña semilla de porotos plantada en la tierra. Los cuentos de la tía Matilde quedaron para siempre grabados a fuego en le mente de esa pequeña.

¿Deberían ser así los cuentos? ¿Pura fantasía? -Si la tía Matilde existiera aún en este mundo, ¿cuántos concursos de cuentos habría ganado?- se pregunta Olivia. De su boca siempre salían palabras que se transformaban en visiones maravillosas, hilvanadas e inventadas mientras movía las ollas, frotaba la masa y olía una hierba. ¡Asombrosa y mágica tía Matilde!. Sin haber conocido nunca las reglas para el buen narrar, sabía impactar y arrojar luz en todos sus relatos. Poseía el más puro

don y disposición. Olivia experimentó con sus historias la seducción de narraciones que hacían explotar su imaginación. Sentada al lado de esa vieja tía, en la vasta y acogedora cocina, nació su afición por registrar y narrar, leer y redactar.

A los cinco años, Olivia juntó letras en el Silabario “El Ojo”. Formó palabras, luego frases y después las leyó. Le gustó aquello. Era poderoso unir letras para luego leerlas y escribirlas. Se le convirtió en una costumbre y en un apremio. Pronto su gran curiosidad de niña lectora fue atraída por la pequeña biblioteca de su padre; esos estantes caseros llenos de libros, revistas, enciclopedias, colecciones de novelas, la acogieron y le desplegaron nuevos escenarios. De súbito divisa la figura paterna sentada en su sillón preferido, con un café y un cigarrillo en sus labios, disfrutando la lectura de un libro. Su padre siguió toda su vida llenando de libros las paredes y, ya anciano, sordo y medio ciego, continuó leyendo y también escribiendo, ayudado de una inmensa lupa. Redactó fantasías, sueños y utopías, pensando tal vez, en esa verdadera apariencia de ficción y realidad que es la vida. Olivia lo llenó de preguntas durante toda su existencia, y él siempre se las supo contestar claramente. Tenía las respuestas para cada una de ellas, pues éstas las aprendió o las dedujo de su permanente lectura, de su mente inquisitiva, curiosa y ávida de captar lo que las letras de un libro podían desentrañar. ¡Cómo lo añoró cuando debió partir!

Con los años, el ejercicio de la lectura y de la escritura se le convirtió a Olivia en un perseverante deseo, como si una apasionada afición la hubiera hechizado. Sus manos anotaban y escribían para no olvidar lo leído y lo vivido; registraba vivencias, recuerdos, voces, imágenes y sentimientos que le afloraban mientras iba pasando el tiempo.

Sus ojos aún siguen leyendo y sus dedos redactando, le es necesario hacerlo mientras tenga juicio y razón, para empacar su memoria e iluminarla con letras, con frases y párrafos, antes que finalice su travesía. Sabe que, igual que su padre, cuando llegue el momento, partirá con ese bagaje a cuestas. Será su ventaja, su “plus”, cuando levante velas, porque nada ni nadie la ha convencido que se parte hacia la nada y, que nada existe en la nada.

-“Simplificar las ideas, buscar el instante”- lee en una guía para escribir un cuento. -“El lector debe deducir, comprender la esencia con pocas palabras”- sigue leyendo, pero Olivia no logra cercenar las palabras, párrafos y frases. -¿Cómo escribir lo sustancial y eliminar lo que sobra?, difícil elección!- razona, desolada. ¡Hay tanto prodigio y potencia cuando se unen las palabras!

En ocasiones su afición se le vuelve urgencia. Como si de pronto, en lo álgido de una tormenta, el viento se detuviera, el cielo se acercara y todo se llenara de un sosiego excitado por una fuerte necesidad de narrar. En ese silencio capta señas y claridades que debe transcribir y ordenar en armonía y consistencia. Pero a veces éstas llegan un tanto vagas y le cuesta reunir las para que broten los auténticos sonidos de sus palabras. Por eso, cuando arriba la gloriosa inspiración (en cualquier momento y lugar), la coge al vuelo y la redacta, así no queda marginada de su memoria. Son cientos las distintas señas que le regalan temas, tramas e ideas, provocándole pensamientos e impresiones para, finalmente, concretar una historia, una crónica, un cuento o, simplemente, un escrito con su personal observación de un hecho.

-“Hay que lograr que el cuento deje una huella en el lector, un eco, un sentimiento, una reflexión”- lee Olivia en la “Guía para escribir un Cuento” y aquello le hace recordar que desde que empezó a leer, captó que los libros le dejaban algo bueno, como la cosecha de una certeza, como si le pusieran una luz en sus ojos para ilustrarle la existencia. Muchas líneas y personajes de textos la han sobrecogido al mostrarle las luces y las sombras tan propias de la humanidad. Quizás por eso, desde su infancia y adolescencia, se refugió en ellos para llegar a tener algo parecido a una disciplina. Tal vez intuía que esa norma sería su fortaleza, la guía de su conducta. Así fue labrando el resguardo que le ha proporcionado el hechizo de las letras.

Cuando la vida le enseñó que muchos humanos tienen dos caras y que a veces detrás de cada cosa buena hay otra mala, decidió escribir para lograr contención, tener otra mirada y apaciguar la pena. Pero también, cuando experimentó felicidades, momentos entrañables, épocas de ilusiones y triunfos, quiso también transformarlos en letras para no olvidarlos y nutrirse de ellos. Cómo si algo, en su afán

diario, la impulsara a sembrar, cultivar y recolectar letras, frases y palabras y, al hacerlo, se cultivase a sí misma.

Ante el añoro por la migración lejana de una hija que le ha dado nietos en su ausencia de abuela, Olivia anota y narra para acortar las distancias. Sabe muy bien que el tiempo es implacable, que no hace pausas ni tiene miramientos con madres y abuelas de hijas y nietos distantes. Los viajes hacia ellos y el relato escrito de sus esporádicas permanencias juntos, han servido de paliativo para la gran añoranza. Cuando relee esas crónicas, su magia la acerca a su familia lejana, como si fueran pasarelas que los vinculan. En su gran necesidad de expresar sus sentimientos, ha acudido muchas veces a la fuerza de un escrito para hacerles saber, cómo ha sido y sigue siendo la inmensidad de su amor por aquella descendencia que sembró en la tierra.

Con la escritura, Olivia ha tratado de explicar con franqueza el asombro que le produce la vida y lo inexplicable de ella. Piensa que, quizás, encontrando la palabra veraz y oportuna, logre que, si algún día alguien lee sus escritos, pueda vibrar también con la animación que a ella le embarga al hacerlo. Pero hay ciertos hechos y asuntos que no se atreverá nunca a redactarlos; tal vez es miedosa y recelosa de esas experiencias atrincheradas, aunque sea a veces su deseo divulgarlas al viento.

El registro escrito fue también un apoyo cuando su madre partió, seguida por su padre; cuando le afloró la vejez de golpe, al quedar sin el manto protector que durante toda su larga vida siempre le proporcionaron. Las letras de Olivia se convirtieron en el canal abierto con ellos, en la escala para atravesar el espacio que los separa y poder decirles que, estén donde estén, esperen por ella, y que hoy ella solo hace antesala para ir a su encuentro. Tiene la certeza de que si moldea en letras sus recuerdos (como si les hablara), el lazo jamás será cortado.

Su voz escrita y su mirada de lectora irremediable, siguen resguardando su existencia. Aunque sus narraciones documentadas y guardadas en el fondo de su pequeño computador no hayan salido a la luz, sabe y tiene la seguridad de que el haber logrado redactarlas, muchas veces alivió y sanó su corazón. Le agradece a su cuerpo que haya abierto su mente para lograr leer y escribir; así la vida no

se le ha vuelto un caos, haciéndole ver que ese deseo imperfecto, de orden y perfección que siempre la ha obsesionado, era sólo eso, la fantasía de una obstinación. Porque claramente le ha mostrado que la vida es, ha sido y seguirá siendo una paradoja: moviéndose siempre entre el orden impecable y el más puro desorden de la imperfección. Las letras le enseñaron que la perfección no existe, que sólo dura un soplo, que lo perfecto es enemigo de lo bueno y que para aceptar lo imperfecto se requiere mucho estoicismo, cordura y sensatez.

Hace tiempo que descubrió que la lectura y la escritura son una aventura que incorpora ilusión y realidad, curiosidad e imaginación. Los muchos libros leídos le han provocado mágicos momentos al descubrir significados recónditos, como si fueran un potente regalo que cientos de páginas le han otorgado. A menudo Olivia ha encontrado en un libro párrafos valiosos para retener y evocar, cómo esas frases de un cuento de Borges que quedaron instiladas en su cabeza: *“Un hombre puede tener mucha memoria, pero puede ser incapaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer”*-

Olivia leyó una vez que los libros son como conversaciones que provocan diálogos con uno mismo y con todos los seres que en ellos habitan. Ella, al haber leído tanto, nunca podrá decir que no ha tenido pláticas a lo largo de su vida, -¡qué alivio!- piensa, porque bien sabe que le ha costado que salgan las palabras de su boca. Con la lectura, y también al escribir, ha logrado el prodigio que éstas fluyan, se entrelacen y conversen. El expresar en palabras lo que se siente, aporta un consuelo milagroso, salgan éstas de la boca o de unas manos ansiosas por trazarlas y perfilarlas.

Mientras viva, Olivia tendrá el deseo de tener un libro entre sus manos, en una tarde frente al mar, en el banco de un jardín, o en ese cómodo sillón donde un día su padre hizo lo mismo: dar la bienvenida a la sorprendente y mágica conversación que puede regalarle el tomo de un texto. Las letras le siguen transmitiendo y confirmando aquello que le dejó de legado: -la lectura y la escritura son el escape generoso para esquivar la insistente y a veces áspera realidad- Es por eso que mientras pueda hacerlo, seguirá moviendo con deleite las páginas de un libro, pero también transcribirá sus pensamientos a un

cuento de letras placenteras, cómo éste que hoy escribe para enviar a un certamen. Y, aunque no gane premios ni galardones porque no ha seguido fielmente los consejos para escribirlo, sabe que la magia de las letras abrió el surco fecundo para la vasta recompensa; cumpliendo así con la idea de ella misma que había urdido desde niña.